

queja, y mis palabras no serán querellas..."

—No quiero ser vulgar, se decía colocando sobre la mesa el tomito amarillo que había sido motivo de que Lousteau le dijese más de una vez: «¡Toma! ¿estás leyendo el *Adolfo*?» Aunque sólo me quedase un día en el cual él reconociera mi valor y se diga: «La víctima no se ha quejado nunca», me daría por satisfecha. Además, las otras mujeres lo tendrán algunos momentos, mientras que yo lo tendré toda la vida.

Creyéndose autorizado por la conducta de su mujer para castigarla por sí y ante sí, el señor de La Baudraye tuvo la delicadeza de robarle para acabar su gran empresa de cultivar mil doscientas hectáreas, á la cual consagraba sus rentas desde 1836, viviendo como un ratón. El anciano manejó tan bien los valores dejados por el señor Silas Piedefer, que pudo reducir la liquidación auténtica á ochocientos mil francos, cuando en realidad traía un millón doscientos mil. No anunció su vuelta á su mujer, y mientras que ésta sufría inauditas penas, él construía granjas, cavaba fosos, plantaba árboles y hacía audaces roturamientos que contribuyeron á que fuese considerado como uno de los agrónomos más distinguidos del Berry. Los cuatrocientos mil francos quitados á su mujer fueron invertidos en estas operaciones, y al cabo de poco tiempo la tierra de Anzy daba setenta y dos mil francos de renta, libre de impuestos. Los otros ochocientos mil francos los empleó en papel del Estado, que estaba á ochenta y que daba el cuatro y medio por ciento, gracias á la crisis financiera debida al ministerio llamado

el 1.º de Marzo. Procurando de este modo cuarenta y ocho mil francos de renta á su mujer, el barón se consideró empazado con ella. ¿No podía entregarle el millón doscientos mil francos el día que el papel de ochenta valiese cien? La Baudraye fué considerado desde entonces en Sancerre como el segundo propietario territorial de Francia. Aquel hombre tenía ciento cuarenta mil francos de renta, noventa mil de los cuales constituían su mayorazgo. Después de haber calculado que pagaba diez mil francos de impuestos, tres mil de gastos, diez mil á su mujer y mil doscientos á su suegra, el anciano decía en plena sociedad literaria de Sancerre:

—Se dice que soy avaro y que no gasto nada, cuando mis obligaciones ascienden aún á la suma de veintiséis mil quinientos francos anuales. Eso sin contar con que tengo que pagar la educación de mis dos hijos. Esto no causará acaso placer á los Milaud de Nevers; pero la segunda casa de La Baudraye tendrá indudablemente una historia tan hermosa como la primera. Iré seguramente á París á solicitar del rey de Francia el título de conde, y mi mujer estará indudablemente muy satisfecha al ver que la llaman condesa,

Estas palabras fueron dichas con tal sangre fría, que nadie se atrevió á burlarse de aquel hombrecito. El presidente Boirouge fué el único que le respondió:

—En su lugar, yo me consideraría feliz si tuviese una hija.

—¡Oh! no se apure usted, no tardaré en ir á París, dijo el barón.

A principios del año 1842, la señora de La Baudraye, viéndose cada vez más apurada, llegó á inmolarsé por el bienestar de Lousteau: volvió á llevar los trajes negros, pero esta vez concertaba ya un duelo, pues sus placeres se cambiaban en remordimientos. Sentía demasiado frecuentemente vergüenza de sí misma, y su madre la había sorprendido más de una vez en esos momentos de reflexión en que la imagen del porvenir sume á los desgraciados en una especie de aletargamiento moral.

La señora Piedefer, aconsejada por su confesor, acechaba el momento de cansancio que aquel sacerdote le predecía que debía llegar, y su voz abogaba entonces por los niños, contentándose con pedir una separación de domicilio, sin exigir la separación del corazón.

En la vida real, esta clase de situaciones violentas no terminan, como en los libros, con la muerte ó con catástrofes hábilmente discurridas, sino que acaban menos poéticamente con el cansancio, con el marchitamiento de todas las flores del alma y, muy frecuentemente también, con otra pasión que despoja á una mujer de ese interés con que se rodea tradicionalmente á las mujeres. Ahora bien, cuando el buen sentido, la ley de las conveniencias sociales, el interés de la familia y todos los elementos que se llamaban moral pública cuando la Restauración, fueron apoyados por el sentimiento de heridas demasiado intensas; cuando el cansancio de abnegación llegó al desfallecimiento, y cuando en esta situación un golpe demasiado violento, una de esas cobardías que sólo dejan ver los hombres á

las mujeres de quien se creen dueños para siempre, llegan á colmar el disgusto y el desencanto, entonces es cuando ha llegado la hora para el amigo que intenta la curación. A la señora Piedefer no le costó, pues, gran trabajo quitar la venda á su hija, y, mandando á llamar al fiscal general, éste acabó la obra, afirmando á la señora de La Baudraye, que si renunciaba á vivir con Esteban, su marido le dejaría los hijos, le permitiría vivir en París y le devolvería la administración de sus bienes.

—¡Qué hermosa vida! le dijo. Con ciertas precauciones y mediante la ayuda de personas piadosas y caritativas, podría usted tener un salón y reconquistar su posición. París no es Sancerre.

Dinah confió al señor de Clagny el cuidado de negociar una reconciliación con el ancianito. El señor de La Baudraye había vendido bien sus vinos y sus lanas, y había ido á París, sin decir nada á su mujer, á colocar doscientos mil francos comprando en la calle de la Arcada un magnífico palacio que provenía de la liquidación de una gran fortuna aristocrática comprometida. Como miembro del consejo general de su departamento desde 1816, y como uno de los primeros contribuyentes, La Baudraye reunía con exceso las condiciones exigidas por la nueva ley para aspirar á la dignidad de par. Algún tiempo antes de la elección general de 1842, declaró que se presentaría diputado en el caso de que le nombrasen par de Francia. El anciano pedía asimismo el título de conde y su promoción á comendador de la Legión de honor. En materia

de elecciones, todo lo que podía consolidar los nombramientos dinásticos era justo á los ojos de los ministros, y en el caso en que el señor de La Baudraye se sumase al gobierno, Sancerre pasaba á ser más que nunca un miembro de su doctrina. El señor de Clagny, cuyo talento y modestia eran cada vez más apreciados, apoyó al señor de La Baudraye, demostrando cuán conveniente sería el nombramiento de par á favor de tan eminente agrónomo. Una vez conde, par de Francia y comendador de la Legión de honor, La Baudraye sintió la vanidad de tener una gran casa y de ser representado por su mujer. Según decía él, quería gozar de la vida, y al efecto, en una carta que dictó el fiscal general, rogaba á su mujer que habitase su palacio, que lo amueblase y que desplegase en él aquel gusto de que tantas pruebas había dado en su castillo de Anzy. El nuevo conde advirtió á su mujer que, mientras sus intereses territoriales le obligasen á vivir en Sancerre, la educación de sus hijos exigía que ella viviese en París. El complaciente marido encargaba además al señor de Clagny que entregase á la condesa sesenta mil francos para el arreglo interior del palacio de La Baudraye, recomendándole que colocase una placa de mármol sobre la puerta cochera con esta inscripción: *Palacio de La Baudraye*. Al mismo tiempo que daba cuenta á su mujer de los resultados de la herencia Silas Piedefer, el señor de La Baudraye le comunicaba la inversión al cuatro y medio por ciento de los ochocientos mil francos recogidos en Nueva York, y le entregaba aquella suma para sus gastos y la

educación de sus hijos. Obligado casi á ir á París durante una parte de las sesiones de la cámara de los pares, el conde rogaba á su mujer que le reservase una habitacioncita en el entre-suelo del palacio.

—¡Diablo! se vuelve joven, noble, magnánimo. ¿Adónde va á parar este hombre? decía la señora de La Baudraye.

—Ahora satisface todas las aspiraciones que tenía usted á los veinte años, respondió el magistrado.

La comparación entre su destino futuro y su destino actual no podía ofrecer dudas á Dinah. La víspera de aquel mismo día, Ana de Fontaine había vuelto la cabeza para no ver á su amiga del colegio Chamarolles. Dinah se dijo:

—Soy condesa, podré ostentar en mi coche el manto azul de la dignidad de par, frecuentarán mis salones las eminencias literarias, y entonces seré yo la que no querré darle cara.

Este pequeño goce fué de tanto peso para su conversión, como había sido antaño para su dicha el desprecio del mundo.

Un hermoso día del mes de mayo de 1842, la señora de La Baudraye pagó todas las deudas de su casa, y después de haber enviado á su madre y á sus hijos al palacio de La Baudraye, se vistió como para salir, y esperó á Lousteau. Cuando el ex rey de su corazón volvía para comer, Dinah le recibió, diciéndole:

—Amigo mío, se me han ido los pucheros por la lumbre, y la señora de La Baudraye le invita para comer en el Rocher de Cancole, venga usted.

Y esto diciendo tomó el brazo de Lousteau, que estaba estupefacto al ver la desenvoltura de aquella mujer, que tan mansa estaba á sus caprichos aquella misma mañana, y que tan bien había fingido la comedia hacía dos meses.

—Veo que la señora de La Baudraye va tan peripuesta como si hubiese estreno, dijo el periodista sirviéndose de la palabra que suele usarse para indicar una primera representación.

—No olvide usted el respeto que debe á la señora de La Baudraye, dijo gravemente Dinah. Yo no quiero saber ya lo que significa la palabra *peripuesta*.

—¡Cómo! ¿se subleva usted Didina? dijo el periodista tomándola por el talle.

—Ya no hay más Didina. Usted la ha matado, amigo mío, y en este momento, tengo el gusto de darle la primera representación de la señora condesa de La Baudraye, respondió Dinah des- embarazándose de Lousteau.

—¿Conque han hecho ya par de Francia á nuestro insecto?

—No; pero esta noche saldrá el nombramiento en el *Monitor*, según me ha dicho el señor de Clagny, que pasa también al tribunal supremo.

—Vamos, al parecer, la entomología social tenía que estar representada en la cámara, dijo el periodista.

—Amigo mío, nos separamos para siempre, dijo la señora de La Baudraye comprimiendo el temblor de su voz. He despedido á los dos criados, y al volver á su casa la encontrará en regla y sin deudas. Siempre encontrará usted en mí, aunque en secreto, el corazón de una madre.

Separémonos tranquilamente, sin escándalo, como gentes bien educadas. ¿Tiene usted que hacerme algún reproche acerca de mi conducta durante estos seis años?

—No, ninguno, y si únicamente el haber destruido mi porvenir, dijo Lousteau con sequedad. Ha leído usted mucho el libro de Benjamín Constant y ha estudiado el último artículo que se ha publicado acerca de él; pero no lo ha leído usted más que con ojos de mujer. Aunque esté usted dotada de una de esas inteligencias que constituirían la fortuna de un poeta, usted no se ha atrevido á estudiarlo considerándose como hombre. Este libro, querida mía, tiene los dos sexos, ¿sabe usted?... Hemos establecido que hay libros machos ó hembras, rubios ó morenos. En *Adolfo*, las mujeres no ven más que á Eleonora, las jóvenes ven á Adolfo, los hombres hechos ven á Eleonora y á Adolfo, y los políticos ven en él la vida social. Usted no se ha tomado el trabajo de penetrar en el alma de Adolfo, del mismo modo que el crítico no ha visto más que á Eleonora. Lo que mata á aquel pobre muchacho, querida mía, es el haber perdido su porvenir por una mujer, y el no poder ser nada de lo que hubiera podido ser: embajador, ministro, chambelán, poeta, rico. Ha dado seis años de su energía, del momento de la vida en que el hombre puede soportar las rudezas de un aprendizaje cualquiera, á unas faldas que siguen marchando por la carrera de la ingratitud, pues una mujer que pudo dejar á su primer amante, debía dejar, tarde ó temprano, al segundo. En una palabra, Adolfo es un alemán rubiote que

no se siente con fuerzas para engañar á Eleonora. Hay Adolfos que evitan á su Eleonora disputas deshonorosas y quejas, y que se dicen: «Yo no hablaré ya nunca de lo que he perdido». Pero á estos, querida mía, se les abandona. Adolfo es un hijo de buena casa, un corazón aristócrata que quiere entrar en la senda de los honores y recoger de nuevo su dote social y su consideración comprometida. Usted desempeña en este momento los dos personajes á la vez: siente usted el dolor que le causa una posición perdida y se cree con derecho para abandonar á su pobre amante que ha tenido la desgracia de creerla bastante inteligente para admitir, que si en el hombre el corazón debe ser constante, la carne puede perfectamente dejarse llevar de caprichos.

—Y ¿cree usted que no me ocuparé en devolverle lo que le he hecho perder? No tenga usted cuidado, respondió la señora de La Baudraye anonadada ante aquella salida, su Eleonora no muere, y si usted cambia de vida y renuncia á las entretenidas y á las actrices, le encontraremos cosa mejor que una Feliciania Cardot.

Ambos amantes permanecieron silenciosos y cabizbajos. Lousteau fingía tristeza y quería mostrarse seco y frío; mientras que Dinah, triste en realidad, escuchaba los reproches de su corazón.

—¿Por qué no acabar como hubiéramos debido empezar, ocultando á todas las miradas nuestro amor y viéndonos secretamente? dijo Lousteau.

—¡Nunca! dijo la condesa con aire glacial. ¿No comprende usted que, después de todo, so-

mos seres finitos? Nuestros sentimientos nos parecen infinitos á causa del presentimiento que tenemos del cielo; pero tienen aquí abajo por límites las fuerzas de nuestro organismo. Existen naturalezas blandas y cobardes que pueden recibir un número infinito de heridas y resistirlas; pero hay otras que están mejor templadas y que acaban por romperse. Usted me ha...

—¡Oh! ¡basta! dijo Lousteau, no finjamos, sus palabras me parecen inútiles, pues pueden resumirse en las siguientes: *Ya no amo*.

—¡Ah! ¿conque soy yo la que no ama? exclamó Dinah aturdida.

—Ciertamente que sí. Usted ha calculado que yo le causaba más penas y fastidios que placeres, y abandona usted á su socio.

—¿Qué yo le abandono? exclamó la condesa indignada.

—¿No acaba usted de decir: *Nunca*?

—¡Pues bien, sí, nunca! repitió Dinah con energía.

Este último *nunca*, dictado por el temor de caer de nuevo en poder de Lousteau, fué interpretado por éste como el fin de su imperio, toda vez que Dinah permanecía insensible á sus despreciativos sarcasmos. El periodista no pudo retener una lágrima: perdía un afecto sincero é ilimitado. Había encontrado en Dinah la más cariñosa La Valliere y la más deliciosa Pompadour que hubiese podido desear un egoísta que no fuese rey; y como el niño que á fuerza de molestar á su grillo, acaba por matarlo, Lousteau lloraba. La señora de La Baudraye se apresuró á salir del saloncito en que había

comido con su amante, pagó la comida y se fué por la calle de la Arcada haciéndose reproches y juzgándose feroz.

Dinah, que acababa de transformar su palacio, se transformó también á sí propia. Esta doble metamorfosis costó treinta mil francos más de la suma que había señalado el reciente par de Francia. Habiendo promovido una reunión de Cámaras, en agosto de 1842, el fatal acontecimiento que privó á la familia de Orleans de su presunto heredero, el pequeño La Baudraye tuvo que presentar sus títulos á la noble Cámara antes de lo que creía, y entonces pudo ver las obras de su mujer, quedando tan encantado, que dió los treinta mil francos sin ninguna observación, como había dado los ocho mil para restaurar La Baudraye.

Volviendo del Luxemburgo, donde, según costumbre, fué presentado por los pares barón de Nucingen y el marqués de Montriveau, el nuevo conde encontró al anciano duque de Chaulieu, uno de sus deudores, á pie, con un paraguas en la mano, mientras que él ocupaba un magnífico coche en cuya portezuela brillaba su escudo donde se leía: *Deo sic patet fides et hominibus*. Esta comparación fué para su corazón una dosis de ese bálsamo con que se embriaga la burguesía desde 1840. La señora de La Baudraye quedó asombrada al ver á su marido mejor que el día de su matrimonio. Lleno de alegría superlativa, el aborto lograba á los sesenta y cuatro años la vida que le habían negado, la familia que el hermoso Milaud de Nevers le prohibía tener, y vencía á su mujer,

que recibía en su casa á comer á los señores de Clagny, al cura de la Asunción y á los dos nobles que habían presentado en la Cámara á su marido. El anciano acarició á sus dos hijos con encantadora fatuidad, y alabó la belleza del servicio de mesa.

—Aquí tiene usted los vellones de Berry, dijo señalando al señor de Nucingen su nueva corona. Hoy son de plata.

Aunque devorada por profunda melancolía, Dinah estuvo encantadora y ocurrentísima, y pareció, sobre todo, rejuvenecida con su traje de luto por la corte.

—Nadie diría que la condesa tiene treinta años, exclamó el pequeño La Baudraye señalando á su mujer.

—¡Ah! ¿La señora es ya mujer de treinta años? repuso el barón.

—Cumplidos, respondió la condesa, porque tengo treinta y cinco, aparte de alguna pasioncita que supongo tener en el corazón.

—Sí, mi mujer me ha arruinado con sus postizos y sus antigüedades.

—Temprano ha tenido ese gusto la señora, dijo el marqués de Montriveau sonriendo.

—Sí, repuso el pequeño La Baudraye mirando fríamente al marqués de Montriveau á quien había conocido en Bourges, usted sabe que durante los años 25, 26 y 27 amontonó más de un millón de curiosidades que forman en Anzy un verdadero museo.

—¡Qué aplomo! pensó el señor de Clagny encontrando á aquel avaro provinciano á la altura de su nueva posición.

Los avaros siempre tienen economías de todo género que gastar. Al día siguiente del voto de la ley de regencia dado por la Cámara, el diminuto par de Francia se fué á hacer sus vendimias y reanudó sus antiguos hábitos.

Durante el invierno de 1842, la condesa de La Baudraye, ayudada por el fiscal general del tribunal supremo, intentó formarse una sociedad. Como es natural, señaló un día de la semana, recibió á las celebridades, no quiso que le presentasen más que á personas serias y de edad madura, y procuró distraerse el resto de la semana yendo á los Italianos y á la Ópera. Cada cuatro ó cinco días llevaba al teatro á su madre y á la señora de Clagny, obligada por el magistrado á visitarse con la señora de La Baudraye. Pero á pesar de su talento, de su cariñoso porte y de sus aires de mujer á la moda, sólo se consideraba feliz por sus hijos, en los que reconcentró todas sus frustradas ternuras. El admirable señor de Clagny reclutaba mujeres para la sociedad de la condesa, y lo lograba, si bien eran casi todas mujeres piadosas, más bien que mujeres de mundo.

—¡La aburren! se decía Clagny con terror contemplando á su ídolo educado por las desgracias y por los remordimientos y gozando de todo el brillo de una belleza reconquistada con su vida de lujo y con la maternidad.

El fiel magistrado, animado en su obra por la madre de Dinah y por el cura de la parroquia, presentaba todos los miércoles en el palacio de su querida condesa á alguna celebridad de Alemania, de Italia, de Inglaterra ó de Prusia; la

hacía pasar por una mujer excepcional á gentes que le oían á la condesa dos palabras, pero á las que ella escuchaba con tan profunda atención, que acababan por irse convencidos de su superioridad. Dinah venció en París con su silencio, como había vencido en Sancerre con su locuacidad. De cuando en cuando, un epigrama acerca de las cosas ó alguna observación sobre ciertas ridiculeces revelaban en ella á la mujer acostumbrada á manejar las ideas y que cuatro años antes había colaborado en el folletín de Lousteau. Esta época fué para la pasión del pobre magistrado como esa estación llamada de San Martín en los años sin sol. Se fingió más anciano de lo que era para tener derecho á ser amigo de Dinah sin comprometerla; se mantenía siempre á cierta distancia cual si debiese ocultar su dicha, y como si fuese joven y hermoso, procuraba cubrir con el mayor secreto sus atenciones y sus pequeños regalos que Dinah mostraba á la luz del día, y procuraba dar significaciones peligrosas á sus menores obediencias.

—Está engañando la pasión, decía la condesa riéndose y burlándose del señor de Clagny en sus propias barbas, lo cual daba pie al magistrado para decirse:

—¡Al fin se ocupa de mí!

—Causo tan gran impresión á ese pobre hombre, decía riéndose la condesa á su madre, que si yo le dijese que *sí*, creo que él me diría que *no*.

Una noche, el señor de Clagny acompañaba en unión de su mujer á su querida condesa, que se mostraba profundamente pensativa,

Los tres acababan de asistir á la primera representación de *La mano derecha y la mano izquierda*, primer drama de León Gozlán.

—¿En qué piensa usted? preguntó el magistrado asustado al ver la profunda melancolía de su ídolo.

La persistencia de la tristeza oculta, pero profunda, que devoraba á la condesa, era un mal peligroso que el fiscal general no sabía combatir, pues el verdadero amor es frecuentemente torpe, sobre todo cuando no es correspondido. El amor verdadero toma su forma del carácter, y el digno magistrado amaba á la manera de Alcéste, cuando la señora de la Baudraye quería ser amada á la manera de Filinto. Las cobardías del amor se acomodan muy poco á la lealtad del misántropo. Así es que Dinah se guardaba bien de abrir su corazón á su adorador. ¿Cómo atreverse á confesarle que echaba á veces de menos su antiguo fango? Dinah sentía un vacío enorme en la vida de alta sociedad, y no sabía á quién contar sus éxitos y sus triunfos. A veces, los recuerdos de sus miserias acudían á su mente mezclados con devoradoras voluptuosidades; tenía rencor á Lousteau, porque no se ocupaba de ella, y hubiera deseado recibir cartas suyas afables ó furiosas. Como Dinah no hubiese respondido, el magistrado repitió la pregunta tomando la mano de la condesa y estrechándosela respetuosamente.

—¿Quiere usted la mano derecha ó la izquierda? le respondió Dinah sonriéndose.

—La izquierda, porque presumo que se refiere usted á la mentira y á la verdad.

—Pues bien, *le* he visto, le dijo ella hablándole de modo que no pudiese ser oída más que por el magistrado, y al verle triste y profundamente desanimado, me dije: ¿Tiene cigarros? ¿tiene dinero?

—Pues ya que quiere usted la verdad, voy á decirle, á mi vez, que vive maritalmente con Fanny Beaupré, exclamó el señor de Clagny. Me arranca usted esta confesión, que no le hubiera hecho nunca porque no creyese usted que me guiaba algún pensamiento ruin.

La señora de La Baudraye dió un apretón de manos al fiscal.

—Tiene usted por marido á uno de los hombres más excepcionales, le dijo á la señora de Clagny. ¡Ah! ¿por qué...?

Y se acurrucó en el rincón de su coche sin acabar la frase, que el fiscal general interpretó de este modo: *¿Por qué no tiene él un poco de la nobleza de corazón de su marido?*

Sin embargo, aquella noticia disipó la melancolía de la señora La Baudraye, la cual se entregó al lujo y á las modas, y quiso obtener éxito y lo obtuvo; pero hacía pocos progresos en su trato con las mujeres, las cuales se resistían á tratarla. En el mes de marzo, los sacerdotes amigos de la señora Piedefer y del fiscal general alcanzaron un gran triunfo consiguiendo que la señora condesa de La Baudraye fuese nombrada limosnera de la sociedad de beneficencia fundada por la señora de Carcado, y logrando que fuese designada en la corte para recoger los donativos hechos en favor de las víctimas del temblor de tierra de la Guadalupe. La marquesa

de Espard, á la que el señor Canalis leía los nombres de estas damas en la Ópera, dijo al oír el de la condesa:

—Hace mucho tiempo que frecuento el mundo, y no recuerdo nada más hermoso que las maniobras hechas para salvar el honor de la señora de La Baudraye.

Durante los días de la primavera, que por un capricho de nuestro planeta, empezó á lucir en París á principios de marzo de 1840 y que permitió ver los Campos Eliseos floridos y verdes en Longchamp, el amante de Fanny Beaupré había visto ya varias veces en medio de los paseos á la señora de La Baudraye, sin ser visto de ella. Ocurrió entonces que más de una vez sintió envidia y celos en el corazón al ver á su antigua querida ocupando un bonito coche, elegantemente vestida, con aire pensativo y llevando á sus dos hijos á su lado. Entonces se apostrofaba tanto más, cuanto que estaba siendo víctima de una de las miserias más agudas, de la miseria oculta. Como todos los hombres dotados de naturaleza esencialmente vanidosa y ligera, estaba sujeto á ese singular puntillo que consiste en no decaer á los ojos del público, que hace cometer crímenes legales á los bolsistas para no ser arrojados del templo del agiotaje, y que da valor á ciertos criminales para practicar actos de virtud. Lousteau comía y almorzaba, fumaba como si fuese rico, y por nada del mundo hubiese dejado de fumar los cigarros más caros, lo mismo para él que para el dramaturgo ó el prosista que le acompañaban al estanco. El periodista usaba botas de charol; pero temía los embargos que

estaban á punto de caer sobre él. Fanny Beaupré no tenía ya nada empeñable, ni podía recibir anticipo alguno. Después de haber agotado la cifra posible de los anticipos en las revistas, en los periódicos y en casa de los libreros, Esteban no sabía ya con qué tinta hacer oro. El juego, tan inoportunamente suprimido, impedía ya pagar, como antes, las letras de cambio. En fin, el periodista había llegado á tal indigencia, que acababa de pedir prestados cien francos á su amigo más pobre, á Bixiou, á quien nunca le había pedido nada. Pero lo que más apuraba á Lousteau no era el deber cinco mil francos, sino el verse despojado de su elegancia y de su mueblaje, adquirido á costa de tantas privaciones y enriquecido por la señora de La Baudraye. Ahora bien, el 3 de abril, un anuncio amarillo arrancado por el portero, después de haber lucido en la pared, indicó la venta de un hermoso mobiliario para el sábado siguiente, día fijado por la autoridad judicial. Lousteau se paseó fumando cigarros y buscando ideas, pues las ideas, en París, están en el aire ó sonríen en la esquina de una calle ó brotan de la rueda de un cabriolé, cual si fuesen un pedazo de barro. El callejero había buscado ya ideas para artículos y asuntos de novelas durante todo un mes; pero no había encontrado más que amigos que le llevaban á comer y al teatro, y que ahogaban sus penas con vino diciéndole que el Champagne le inspiraría.

—Ten cuidado, porque durmiéndote siempre borracho, puede llegar día en que despiertes loco, le dijo un día el atroz Bixiou, que lo mismo

podía prestar cien francos á un amigo que atravesarle el corazón con una frase.

La víspera del embargo, el viernes, aquel desdichado estaba tan afectado como un condenado á muerte. Algún tiempo antes se hubiera dicho:

—¡Bah! mis muebles son viejos y podré renovarlos.

Pero entonces se sentía ya incapaz para hacer ciertos esfuerzos literarios. Los editores pagaban poco, y los periódicos traficaban con los talentos derrengados, como los directores de teatro con los tenores que bajan una nota. Yendo á la ventura con las miradas fijas en la multitud, sin ver, con el cigarro en la boca, las manos en los bolsillos y una falsa sonrisa en los labios, vió por casualidad á la señora de La Baudraye en coche, que iba á tomar la calle de la Chaussée-d'Antin para irse al bosque.

—Ese es mi único recurso, se dijo.

Y se encaminó á su casa á adonizarse.

Por la noche, á las siete, se fué en coche á la puerta de la casa de la señora de La Baudraye, y rogó al conserje que hiciese pasar á manos de la condesa un billete concebido en estos términos:

*«¿Quiere tener la señora condesa de La Baudraye la amabilidad de recibir al señor Lousteau por un instante y al instante?»*

Estas cuatro letras fueron metidas en uno de los sobres de que se servían antes los dos amantes, sobres en los que la señora de La Baudraye había hecho grabar una verdadera cornalina oriental: ¡Porque sí! Una gran palabra, la pala-

bra de las mujeres, la palabra que puede explicarlo todo, hasta la creación. La condesa acababa de vestirse para ir á la Ópera, pues el viernes era el día que le tocaba su palco, y palideció al ver el sobre.

—¡Que esperen! dijo Dinah metiéndose la carta en el seno.

Acto continuo se esforzó por ocultar su turbación, rogó á su madre que acostase á los niños, dió orden á Lousteau de que entrase y lo recibió en un gabinete contiguo á su salón con las puertas abiertas. Dinah tenía que ir al baile después del teatro, y se había puesto un delicioso traje de seda con flores de un color azul pálido. Sus guantes dejaban ver en parte sus hermosos brazos blancos, iba encantadora de encajes y llevaba todas esas futilidades exigidas por la moda. Su peinado á la Sevigné le sentaba á las mil maravillas. Un collar de perlas parecía sobre su pecho un surco sobre la nieve.

—¿Qué desea usted, caballero? dijo la condesa sacando su pie de debajo de la falda para pisar un cojín de terciopelo. Yo creía, yo esperaba ser completamente olvidada.

—Si le dijera á usted *nunca*, no querría usted creerme, dijo Lousteau que permanecía de pie y que se paseó mascando algunas flores que cogía á cada vuelta, de las jardineras que perfumaban el gabinete.

Reinó un momento de silencio. Examinando á Lousteau, la señora de La Baudraye le encontró tan elegante como pudiera estarlo el más escrupuloso petrimetre.

—Usted es la única en el mundo que puede

socorrerme y tenderme una mano, porque me ahogo, dijo Lousteau deteniéndose ante Dinah y pareciendo ceder á un supremo esfuerzo. Si me ve usted aquí es porque mis asuntos van horriblemente mal.

—¡Basta! le dijo la condesa, le comprendo á usted.

Y volvió á reinar de nuevo un instante de silencio, durante el cual Lousteau se volvió, sacó el pañuelo y fingió que se enjugaba una lágrima.

—¿Qué necesita usted, Esteban? continuó Dinah con voz maternal. En este momento somos antiguos amigos; hábleme, pues, como si hablase con... con Bixiou...

—Para impedir que mi mobiliario sea embargado, mil ochocientos francos, otro tanto para devolver á mis amigos, tres trimestres para el propietario que usted sabe y quinientos francos para pagar intereses.

—¿Y para vivir usted?

—¡Oh! ¡tengo mi pluma!...

—Sí, pero está ya tan torpe que apenas se la entiende cuando escribe, dijo la condesa sonriendo maliciosamente. No tengo aquí la suma que usted me pide, pero venga usted mañana á las ocho, pues supongo que el alguacil no dejará de esperar hasta las nueve si le advierte que va usted á pagarle.

Dinah sintió la necesidad de despedir á Lousteau, el cual fingía no tener valor para mirarla; pero experimentaba cierta compasión al romper todos los nudos gordianos que ata la sociedad.

—Gracias, dijo al fin la condesa levantándose

y tendiendo la mano á Lousteau. La confianza de usted me ha hecho mucho bien. ¡Oh! hacía ya tiempo que no me sentía tan alegre.

Lousteau le tomó la mano, se la llevó al corazón y la oprimió con ternura, diciendo:

—¡Una gota de agua en el desierto, y... por manos de un ángel!... ¡Dios siempre hace bien las cosas!

Estas palabras fueron dichas medio en broma medio en serio; pero, creedlo, fueron expresadas con la misma perfección que emplea Talma en su famoso papel de Leicester. Dinah sintió latir de placer su corazón al ver que sacaba al periodista de tan grande apuro; pero el de Lousteau latía también movido de un deseo muy natural que se despertó en él al ver á Dinah remozada y transformada con la opulencia. Examinando á Esteban de reojo, la señora de La Baudraye vió que su fisonomía estaba en armonía con todas las flores de amor que renacían para ella en aquel corazón palpitante, é intentó fijar sus ojos una vez en los ojos de aquel á quien tanto había amado; pero la sangre se agolpó á su cabeza y le turbó el sentido. Entonces aquellos dos seres cambiaron aquella misma mirada ruborosa que había dado valor á Lousteau para arrugar la falda de organdí. En esta situación, el bohemio tomó á Dinah por el talle, ella se dejó coger, y sus dos mejillas se tocaron.

—¡Escóndete que está aquí mi madre! exclamó Dinah asustada.

Y corrió al encuentro de la señora Piedefers para decirle:

—Mamá (esta palabra era para la señora Pie-

defer una caricia que siempre daba resultados), ¿quiere usted hacerme el favor de tomar el coche é ir á casa de nuestro banquero el señor Mongenod con seis líneas que voy á darle, para que le entregue seis mil francos? Venga usted, venga usted á mi cuarto, se trata de hacer una buena obra.

Y se llevó á su madre, que parecía que deseaba ver á la persona que hablaba con su hija en el gabinete.

Dos días después, la señora Piedefer conferenciaba con el cura de la parroquia. Después de haber escuchado los lamentos de aquella anciana madre desesperada, el cura le dijo con gravedad:

—Toda regeneración moral que no esté basada en un gran sentimiento religioso y laborada en el seno de la Iglesia, descansa sobre cimientos de arena... Todas las prácticas tan minuciosas y tan poco comprendidas que el catolicismo ordena, son otros tantos diques necesarios para contener los impulsos del espíritu del mal. Logre usted que su hija cumpla con todos los deberes religiosos, y la salvaremos...

Diez días después de esta conferencia, el palacio de La Baudraye estaba cerrado. La condesa, sus hijos y su madre, en una palabra, toda la casa, que había sido aumentada con un preceptor, había partido para Sancerre, donde Dinah quiso pasar el verano. Según rumores, la condesa se portó admirablemente con el conde; de suerte que la musa de Sancerre volvía sencillamente al seno de la familia y del matrimonio; pero, según algunos chismosos, se vería obligada

á volver á París, pues los deseos del par de Francia se habían sin duda colmado: ¡esperaba una hija!

Gatièn y el señor Gravier prodigaron á la hermosa condesa los cuidados y las atenciones más serviles. El hijo del presidente, que durante la larga ausencia de la señora de La Baudraye había ido á París á tomar lecciones de elegancia, tenía muchas probabilidades de agradar á aquella mujer eminente desilusionada, según decía al menos la *Sociedad literaria*. Otros apostaban por el preceptor, y la señora Piedefer abogaba por la religión.

A mediados de julio de 1844, el conde de La Baudraye se paseaba por el mallo de Sancerre en compañía de sus dos hermosos hijos, cuando de pronto se encontró con el señor Milaud, fiscal general á la sazón, que había ido á Sancerre para algunos negocios, y le dijo:

—Primo, aquí tienes á mis hijos...

—¡Ah! ¿conque son estos *nuestros* hijos?... repitió el malicioso fiscal.

París, junio 1843—agosto 1844.